

CARTA

A LA

JUVENTUD MÉDICA EN GENERAL

Y Á LA DE NUESTRO PUEBLO EN PARTICULAR,

POR

C. MATEOS.

Jerez 20 de Febrero de 1874.

Estimados colegas: hoy que vuelvo á ocupar el último puesto en vuestras filas, y que dedicado nuevamente al estudio de nuestra ciencia comprendo la necesidad de vigorosos operarios que vengan á reconstruir el vetusto edificio de Esculapio; á vosotros, jóvenes estudiosos, me dirijo; á vosotros que ni las instigaciones de la ambicion, ni las preocupaciones de escuela, han podido sobreponerse al noble deseo del saber y de la gloria, dedico esta incorrecta carta, que si carece de la autoridad de la de los grandes maestros, en cambio está dictada con la mejor buena fé y solo con el deseo de hacer algo en beneficio de la humanidad y de la ciencia.

Por mas que conozca mi suma pequenez y desconfie llevar á vosotros el convencimiento que necesito produciros, es tal la fé que tengo en la verdad que proclamo, que ella alienta mi pluma y me hace olvidar quien soy, teniendo solo presente el sagrado deber de contribuir á su propagacion.

Vengo, pues, á escitaros para que estudiéis la medicina homeopática, y para que con vuestras luces, con vuestro criterio y con vuestra imparcialidad

juzgueis; y, si como no dudo, reconocéis en ella los caracteres de la verdadera ciencia, para que le prestéis vuestro apoyo, ejerciéndola, perfeccionándola y difundiéndola.

«La homeopatía, como dice un profundo pensador, tiene un grande y hermoso porvenir. Su destino se engrandecerá á medida que las preocupaciones de todo género vayan desapareciendo; y ella contribuirá á que desaparezcan. Todas las doctrinas se enlazan, se unen é influyen las unas en las otras. La proclamacion de la ley de la semejanza en la terapéutica es una de las numerosas señales del tiempo presente que anuncian el triunfo cercano de los grandes principios sociales y de las verdades religiosas.» En estas breves, á la vez que sencillas palabras, teneis sintetizada la nueva reforma médica, que debemos al génio profundamente analítico del inmortal Samuel Hahneman.

Acaso estrañareis que me dirija á vosotros en un órgano que pudiéreis tachar de incompetente; pero como tengo presente las condiciones de nuestra localidad, en donde carecemos de un periódico científico, y por otro lado debo ocuparme del más alto interés de la humanidad, no creo cometer ninguna inconveniencia viniendo á nuestro periodismo que se ocupa principalmente de los intereses de ella.

Vengo á impulsaros á este nuevo estudio, que aun tiene cerradas las puertas de la enseñanza oficial, y no temais el desdeñoso gesto de los que acaso de la mejor buena fé creen que la homeopatía es la nada ó la simple espectacion, que es lo mismo; ella tiene abierto su juicio contradictorio, que en balde ha venido pidiendo á los cuerpos facultativos, en casa de sus enfermos, y allí quiere que se le discuta. Tened presente que ya han pasado los peligros de la innovacion y que hoy podeis sin temer las armas del ridículo que generalmente se han venido empleando contra esta doctrina, haceros homeópatas, seguros que siempre llevareis á vuestras espaldas un

ejército numeroso de enfermos que dé testimonio de sus beneficios que os deban.

La medicina, como esencia de hechos, pide que se le juzgue en el terreno práctico más que en el especulativo; pues en este bien sabeis que todas las doctrinas se defienden; por cuya razon la homeopatía en medio de proclamar un principio de reconstrucción permanente y universalidad, que es el carácter de toda verdad, quiere ser observada á la cabecera del enfermo. No esperéis sin embargo en el estado actual de nuestros conocimientos que ella sea una panacea que triunfe de todas las enfermedades; triunfa de todas las reconocidas por curables y de muchas reputadas por incurables, principalmente cuando no existen infecciones medicinales que tienen perturbadas las fuerzas de la vida. Abrigo, sí, la profunda conviccion que á medida que su materia médica se vaya enriqueciendo y su práctica sea general, debe verificarse un cambio trascendental en el curso de las enfermedades que afligen á la humanidad, desapareciendo muchas dolencias que hoy la atormentan.

Si vuestra razon repugna la pequeñez de las dosis, tened presente que todos hemos empezado nuestra carrera por la duda, y yo en mi particular he necesitado más tiempo que otros para irme despojando de la creencia que sólo con cantidades ponderables de medicamentos se podian obtener curaciones; así es que he tenido necesidad de años para decidirme á tratar determinadas afecciones con las dosis mínimas que usa la homeopatía. En buen hora que os peceis por la duda; pero no por la duda sistemática que conduce al escepticismo, sino por aquella que es patrimonio del filósofo y que nos lleva á la meditación y á la experiencia, pues solo de esta manera llegareis á explicarnos el hecho en relacion con su fundamento.

No esperéis que os ofrezca originalidad alguna; harto haré que esponeros sumariamente los dogmas fundamentales de la nueva reforma médica;

pero si durante su estudio os ocurren dudas que no acertáis á resolver, yo acaso podría hacerlo, si os dignais recurrir á mi.

Debo para concluir esta especie de exordio, manifestaros que á vosotros está encomendado el porvenir de nuestra ciencia y que teneis un deber ineludible de arrancarla de las manos de esa crítica mordaz que en todos tiempos se ha venido ensañando contra ella. No debemos tolerar un momento más que se crea que la medicina es una cosa parecida á las tablas votivas de los tiempos primitivos, ó que solo es hija del empirismo: necesario es hacerla brillar por su carácter científico y hacer ver que en un principio de reconocida universalidad están basadas sus especulaciones; pues este y no otro es el carácter de la verdadera ciencia.

En vosotros está fija la mirada de la humanidad entera, no solo para que con vuestro criterio veniais á resolver las dudas que se apoderan de las familias en infaustos momentos, sino para que de vuestros estudios sobre el hombre salga la luz que ha de venir á resolver trascendentales problemas.

Ya veis la alta misión que teneis á vuestro cargo. ¡Dichoso el que cumpla con ella!

Antes de hablaros de la medicina homeopática, considero indispensable combatir la Filosofía materialista, si quiera sea en el terreno científico en donde pretende hoy parapetarse; creo tan necesario esto, cuanto que es la enemiga irreconciliable de la nueva reforma médica en particular y de la medicina en general; y mal podría llevar á vosotros el convencimiento que necesito producir, sin invalidar afirmaciones que tienden tanto á paralizar el progreso científico, cuanto á sumergir la sociedad en el caos.

I.

En estos últimos tiempos han venido las escuelas materialistas hablando en nombre de la ciencia

experimental, sin que dicha ciencia haya dado un paso hasta ahora en favor de sus doctrinas. Empero como el objeto, mas que el adelantamiento filosófico y científico, es deslumbrar á los que con pretensiones de sabios no profundizan jamás ciertas cuestiones, se nos viene diariamente atormentando los oídos con las recientes adquisiciones de la química orgánica, con el cambio universal de materias, con las generaciones espontáneas, con la actividad é inteligencia de la materia y con otros mil problemas que la mayor parte de ellos están fuera de la competencia de la ciencia: y téngase presente que cuando esta se saca de sus límites, sus argumentos dejan de imponerse. La fuerza y poder de la ciencia consiste en tener por asunto de sus estudios elementos bien determinados; pero cuando se lanza fuera de ellos, sale de su esfera y al salir pierde su autoridad.

Oigamos al materialismo. En el universo no existe más que materia, pues las fuerzas son el resultado de combinaciones fisico-químicas. El pensamiento es producto del fósforo; la idea una combinación análoga á la del ácido fórmico, la virtud, la abnegación, el sacrificio y demás acciones morales son corrientes de electricidad orgánica. Nuestra personalidad como seres vivientes y pensantes no es más que el resultado físico de ciertos agrupamientos de átomos. Vivir es una forma particular de la mecánica, segun Virchon, y el cerebro segrega ideas como los riñones orina, segun Cabanis. Dios, alma, vida ultra-mundana, son abstracciones de cerebros delirantes. Aquí teneis al materialismo en su repugnante desnudez.

Nada más fácil que afirmar sin probar, y esto precisamente es lo que vienen haciendo las escuelas materialistas, tanto en el terreno filosófico, como en el científico en el que vamos á seguirlos.

Observando el mundo con los ojos de la ciencia, vemos la rapidez con que la materia pasa de unos á otros seres; así que bajo el punto de vista de la composición orgánica puede decirse que somos

todo; pero las fuerzas resultado de la combinacion de los átomos precedidos por la casualidad. ¿De qué medio experimental se han valido para llegar al conocimiento de estas supuestas cualidades de la materia?

El materialismo cuando ha querido revestir sus doctrinas con el carácter científico, ha tenido que recurrir á un principio filosófico, porque sobre lo individual, accidental y contingente que son los caracteres del hecho no puede constituirse la ciencia, que exijé por fundamento verdades generales de donde emanan las particulares de cada ciencia. Estas verdades, como sabeis, son los primeros principios, que ni se discuten ni caben dentro del método experimental: ellos son el limite hasta donde puedé llegar la humana inteligencia, y que si los admitimos es porque constantemente le vemos comprobados en sus manifestaciones. Ellos son de la competencia de la metafísica y es una doble inconsecuencia que los que tan alejados están de esta ciencia, vengán á implorarla para hacer una mistificacion indigna de todo grave pensador. Por esta razon no salen hoy grandes genios en defensa de esta doctrina, que ni tiene apoyo en la ciencia, ni la filosofia reinante admite, en medio de sus tendencias ateistas.

Fijemos ahora nuestra atencion sobre el cambio de materia, hecho comprobado por la ciencia y del cual no es posible dudar despues de los recientes adelantos histológicos; por mas que cierta clase de tejidos se renuevan con suma lentitud, y que en todas las edades se hayan encontrado células embrionarias que debieron haber desaparecido en el fétu. Es lo cierto que el organismo se renueva casi en totalidad en un periodo mas ó menos corto que no precisa determinar. Como consecuencia de esta renovacion el hombre no debiera envejecer jamás, y el niño, el adolescente y el anciano se confundirian, puesto que su vestido carnal en todos ellos está, como si dijéramos, acabado de estrenar. Luego ó la ciencia se equivoca afirmando una renovacion material que no

existe, ó dentro de nuestro organismo se alberga algun otro elemento que no está sujeto á dicha renovacion que imprime el sello especial que marcan las edades. Cual sea este es precisamente lo que vamos á averiguar; pero antes necesito insistir sobre este particular.

Para que el cambio de moléculas orgánicas se verifique con la regularidad, precision y armonía que observamos en los distintos tipos de las especies y en los individuos de ellas, se hace indispensable la admision de una direccion que se encargue de la colocacion ordenada de dichas moléculas; pues á no ser asi las destinadas á formar el esmalte de los dientes, por ejemplo, las veriamos barnizando la suave mano de la pulcra doncella y no sería extraño ver el pigmento de la coroides colorando el blanco espresivo de sus ojos.

El mundo orgánico, mundo de las armonias en lo infinitamente pequeño, como el sideral lo es en lo infinitamente grande, se convertiría en tenebrosa balumba de materias elementales, si ese cambio continuo de materia no estuviese precedido de una potencia virtual que fije la forma típica de las especies y que á cada individuo le dé lo que necesite para conservarse dentro del orden gerárquico en que fue creado.

Si la renovacion orgánica fuera un hecho exclusivo de la materia, los individuos tendrian un crecimiento indefinido y ni á el animal ni á la planta le estarían limitado este; puesto que existiendo los mismos elementos orgánicos y como si dijéramos acabados de sacar de fábrica, el crecimiento no debiera pararse, y el hombre al final de su vida se encontraría con talla suficiente para imitar á los gigantes que Júpiter castigó por querer escalar el cielo. La experiencia nos enseña por el contrario que el hombre crece hasta los veinte años y que pasada esta edad, por mas aire y alimentos que absorva, deja de crecer; luego algo que no es materia, fija este limite en los seres.

Los recientes adelantos de la química orgánica no afectan en nada el fondo de cuestión. Oigamos á Mr. Bertheht, cuya autoridad no puede ser sospechosa á los adoradores de la materia: «La química, dice, »no ha pretendido ni pretenderá jamás formar una »hoja, una fruta, un músculo, un órgano, porque este »problema no es del dominio de ella.» Concluye con mucha oportunidad y como si dijéramos escapándose por la tanjente, haciendo ver que á la fisiología es á quien le corresponde discutir los términos de este problema.

En efecto, no hay que confundir la formación de sustancias que están encerradas dentro de los cuerpos orgánicos y que pueden ser debidas á las mismas leyes que rigen el mundo inorgánico, con los órganos y aparatos que son del resorte de la vida; así que aun cuando viésemos salir de la retorta del químico, un estómago, un riñon ó un cerebro ¿servirían estos órganos para llenar las funciones á que están destinados, por mas que se cuidase de sobre cargar el último de *materia fosfórica*?

Mientras la química no nos explique la diferencia que existe entre el ser vivo y el cadáver; mientras no nos diga porqué tal hombre que pocas horas antes gozaba de la plenitud de la vida ha dejado de existir, sin que la inspeccion anatómica mas minuciosa haya encontrado el mas pequeño desperfecto en sus órganos, estaremos en nuestro derecho afirmando que aquella ciencia es impotente para explicar la vida y que apesar de sus adelantos, el materialismo carece de fundamento al pretender apoyarse en ella.

Es casi un ultraje para la inteligencia humana, como dice Flanmarion, verse obligado á sostener que el ser vivo difiere del cadáver y sin embargo, este es el palenque en donde hay que sostener la discusión con adversarios tan obcecados como son los sectarios del materialismo. Si la vida no es otra cosa que el resultado de combinaciones fisico-químicas de moléculas orgánicas, si no existe una fuerza organiza-

dora encargada de las funciones animales, ni una potencia de mas elevado origen que se sirve del cerebro para manifestarse por actos de pura inteligencia, digasenos ¿porqué el cadáver que ha bajado á la tumba sin enfermedad prévia, en la mas lozana edad y sin cambio ni alteracion en su organizacion, ha dejado de funcionar? Introdúzcase en su estómago un poco de alimento ¿se convertirá en quimo para despues transformarse en sangre? y su cerebro ¿responderá á la excitacion de una corriente eléctrica, ya que la electricidad es el motor del pensamiento? Ante esta clase de pruebas el materialismo enmudece y cuando quiere discurrir se confunde.

Nó creo que debo insistir mas en esta clase de razonamientos: solo me permitiré haceros observar que los que tan ufanos se creen siguiendo su método espermental huyen del terreno práctico cuando á él se les reta. A no ser asi ya nos hubieran confundido, fabricando no diré un hombre, pero al menos un molusco. Es verdad, que segun confesion propia, aun no han podido hacerse dueños de la luz, del calor, y de la presión atmosférica; pero el dia que cuenten con estos elementos, no dudeis que el hombre saldrá de una retorta, como el cántaro sale hoy de manos del alfarero.

Mientras estos prodigios no llegan á realizarse, creo estar en mi derecho afirmando que las cabezas que tales ilusiones conciben son dignas de figurar en un manicomio; mas como he propuesto batir á estos soñadores hasta en su retirada, los he de seguir aun cuando sea en sus delirios.

Si algun dia el hombre llega á penetrar en el secreto de la vida, ciertamente no será por otro camino que siguiendo humildemente las leyes eternas de la naturaleza, mas claro, constituyéndose en mandatario de ella y solo con permiso de estas leyes podrá llegar á conocer lo que es la vida. ¿Crea el hombre el oxígeno, el hidrógeno, el azoe y demás simples que maneja en sus laboratorios? No y mil no; él no hace mas que sustraerlos de otros cuerpos,

cuidando mucho no contrariar las leyes que precedieron á su formacion. Ahora bien, yo quiero suponer que siguiendo estas mismas leyes pudiéramos formar la vida; quiero suponer que del hornillo de la quimica saliese un ser viviente: ¿tendria razon el materialismo para afirmar que en aquel ser no existia mas que materia? ¿pues qué las leyes que se han seguido para obtener aquel resultado han revelado la esencia de la vida? Estas leyes solo revelan una cosa, y es que están formuladas por una Inteligencia Suprema, que si alguna vez permite que se sigan, es con la condicion de imponerse al que estudia la naturaleza.

Ya veis que aun siguiendo al materialismo en el campo de las ilusiones le encontramos débil é impotente; pues aqui lo mismo que en el circulo de sus especulaciones, le vemos luchar con una vida que se le oculta, con unas leyes que no conoce y con una mano Suprema que le confunde.

En oposicion á las infecundas doctrinas materialistas voy á presentaros no la de las escuelas espiritualistas, que como médicos debemos hacer abstraccion de ellas, sino otra mas general en donde está encarnado el porvenir de nuestra ciencia y que en nada se opone á los venerandos cánones del espiritualismo.

La doctrina del dinamismo universal es hoy la base sobre que descansa la ciencia y la filosofia reinante; sean cuales fueren las tendencias de esta, la proclaman como verdad inconcusa. Hoy está admitido que no se dá en el Universo un fenómeno sin que le rija y determine una fuerza, la cual segun las condiciones en que se desenvuelve dá manifestaciones diversas; pero que sean cuales fueren estas, siempre son dependientes de una sola causa. La atraccion, la afinidad, el magnetismo, la electricidad, el calórico, la luz y la fuerza vital son maneras de ser de la materia primitiva imparticulada llamada *éter ó materia cósmica* en cuyo seno se albergan todos los materiales fluidicos y vitales del Universo. Aqui teneis la cuna de

todas esas fuerzas que han recibido diversos nombres segun su manera de evolucionar en los distintos procesos de la creacion, y que la ciencia moderna teniendo presente que es regla absoluta en la naturaleza la variedad en la unidad, las ha referido todas á una sola causa, como os acabo de manifestar.

Las armonias del mundo sideral; esa imponente regularidad de los movimientos celestes, ese orden y precision que se observa en todos ellos, y que hicieron exclamar al rey profeta *Caeli enarrant gloriam Dei* son la prueba mas concluyente de la existencia de la fuerza. Desde Newton y Keppler, sabemos que el universo es un inmenso dinamismo y de ello testifica la astronomia y la fisica al describirnos las grandezas de la creacion.

El dinamismo es, pues, uno de los elementos necesarios para esplicar científicamente los procesos de la creacion; pues no hay ningun ser finito que no sea el resultado de una actividad; de una fuerza impresa en él por la mano del Criador. Es el lazo de union entre el espiritu y la organizacion material, forma el alma del bruto, anima á las plantas, concediéndoles á algunas una sensibilidad exquisita y tiene en continuo movimiento á los átomos para esparcir la vida en el espacio.

Antes que esta doctrina tomase carta de naturaleza entre nosotros, los filósofos, y entre ellos nuestro malogrado Balmes, al ocuparse del alma de los brutos, asunto sobre el cual el materialismo se creia bastante fuerte, admitia para esplicar esta una sustancia inmaterial, que sin ser espiritu ni materia, era sin embargo un intermedio entre el uno y la otra. Ya veis como el dinamismo ha venido siendo una necesidad reconocida por aquel gran hombre, entre otros muchos filósofos, que seria prolijo enumerar.

Aun dentro del mismo laboratorio del quimico le encontramos y sin él las reacciones entre cuerpos diversos dejarian de verificarse. En el simple fenómeno de una combinacion vemos como los átomos se buscan los unos á los otros escapándose de los cuer-

pos que los tenían aprisionados para formar otros nuevos, lo cual hasta ahora ha venido explicándose por las afinidades que son verdaderas fuerzas ó maneras del ser del dinamismo cosmogónico. Y esto es tan cierto que la química ha tenido necesidad de apelar á los agentes llamados *dinamideos* para explicar ciertos hechos que dejaban un vacío en ella.

Las ciencias, ha dicho M. Larigel, que mientras mas se estudian en su metafísica, tanto mas se adquiere el convencimiento que nada tienen de inconciliable con la filosofía idealista. En efecto, las ciencias descubren las leyes del mundo fenomenal; pero respecto á dos ideas que acompañan á todo fenómeno que son *esencia* y *fuerza*, su método experimental nada puede hacer, y tienen necesidad de echarse en brazos de la filosofía para constituirse sobre una base sólida. Esto es lo que ha hecho la moderna ciencia, proclamando con una filosofía elevada que todas las fuerzas particulares que son estudiadas segun la manera como están especializadas, se consideren como salidas de una fuerza primera, eterna, necesaria, fuente de todo movimiento y de toda acción.

La histología no podia prescindir de una fuerza para darse razón de ese mundo nuevo que ha descubierto por medio del microscopio, y como sabeis ha llamado á esta *metabólica*; la química á su vez la ha denominado *típica* y la fisiología *vital*. De esta última tendré mas adelante que ocuparme; pues ella es la base y fundamento de la medicina homeopática; y entonces os haré ver, que ella es una consecuencia lógica de los adelantos científicos y filosóficos de nuestra época.

Después de haberos dado á conocer la falta de fundamento y razón del materialismo para querer apoyar sus doctrinas en la ciencia, y después de haberos demostrado su impotencia para explicar los hechos biológicos, réstame suplicaros mediteis sobre la doctrina del dinamismo, que no he hecho mas

que bosquejaros, y creo adquirireis el convencimiento que ella es hoy la base de todo saber.

Una vez preparado vuestro espíritu con las ideas que acabo de desenvolver, paso á ocuparme de la medicina homeopática, anticipando el manifestaros que al hacer la exposición de sus principios, procuraré no dirigir reproches á la medicina secular, siempre que á ello no se me provoque, pues mi intento solo es ejercer el derecho de propaganda, como hoy se dice, dejando que Vds. con su buen criterio deduzcan las consecuencias que tengan por conveniente. Esto, sin embargo, no quiere decir que no esté dispuesto á sostener en el palenque de la discusión razonada, los principios de dicha doctrina, que son los que profeso.

II.

Hace unos sesenta años que el génio fecundo de Samuel Hahneman inició la reforma médica conocida con el nombre de homeopatía. Ella nació de las dudas que acometieron á su espíritu y de la incredulidad completa que al fin se apoderó de él, respecto á la medicina de su tiempo, lo cual le hizo formar la firme resolución de abandonar la práctica cuando mas halagado se encontraba por una numerosa y escogida clientela. ¡Rasgo de verdadera heroicidad, cuando no se cuenta con elementos con que subvenir á las propias necesidades! Dedicóse á la traducción de obras para proporcionarse los medios de subsistencia, y en medio de esta tarea vino á sus manos la obra de materia médica de Cullero, que fué para él, lo que para Newton la caída de la manzana. Púsose á traducir dicha obra y al llegar al artículo de la quina que empíricamente se administraba y continúa administrándose para curar los accesos de fiebres intermitentes; parose á meditar sobre lo que en dicha obra se decía de que la mencionada sustancia producía en el hombre sano accesos de las antedichas fiebres. Esto, unido á algunos ecos esparcidos

desde los primeros tiempos en el campo de la medicina sin resultados prácticos hasta sus días, le hizo pensar si los medicamentos todos tendrían la propiedad de curar enfermedades análogas á las que ellos producen en el hombre sano.

Aquí tenéis el origen de la homeopatía. Bien quisiera hacer os la biografía de su fundador para que pudiérais valorizar su talla intelectual, su laboriosidad y su incesante amor por la humanidad; pero sobre ser esta bastante conocida, carece de verdadero objeto en el presente escrito. Tributemos á su memoria homenaje de amor y respeto, que bien acreedor se hizo á ello, el que dedicó sus días al cultivo de una ciencia, que no tiene mas que abrojos para sus adeptos. No olvideis, si alguna vez vais por París, visitar su tumba que está en el Cementerio de Montmartre, y ella os dirá de una manera elocuente, lo que yo callo, por no inferir injurias á la humanidad.

Si mi intento fuera hacer os ver el valor de los distintos sistemas médicos que han venido reinando en medicina, con efímera fortuna todos ellos, me bastaría citar os palabras testuales de los prohombres de vuestra ciencia, y no dudo os convenceríais que aun queda mucho por hacer principalmente en la materia médica. El malogrado Bichat bien lo dió á conocer, declarando á la faz del mundo que aquella era un conjunto de las mayores extravagancias, una aglomeración de ideas inexactas, de medios ilusorios y de fórmulas extravagantemente concebidas y fastidiosamente coordinadas; en términos que creía la práctica de la medicina no solo repugnante sino impropia de un hombre de juicio, si se tomaba por punto de partida los principios consignados en las materias médicas. Podría citar os las lamentaciones del catedrático Louis, las exclamaciones de Valleire, las ingenuas declaraciones de Broussais, Chomel, Magainé, Magendie y otros muchos que conocéis por sus obras; así como la gráfica espresion del Gefe del Hipocratismo español Decano de la facultad de Ma-

drid D. Bonifacio Gutierrez, y os convenceríais como dice Bouchardat, sabio profesor alópata, que la ciencia no está hecha en nuestros días.

Sea cual fuese el juicio que forméis de la doctrina médica que paso á esponeros, no podéis mehos de observar que su organismo está construido con arreglo á las prescripciones que todos conocemos para formar las ciencias. En ella tenemos un principio fundamental que domina y explica todos los hechos fisiológicos, patológicos y terapéuticos, en el cual pueden reunirse todos ellos por el análisis y la síntesis. Una ley hija de la experiencia que ha venido presintiéndose desde Hipócrates y que armoniza con aquel principio sirviéndole de complemento. Voy á demostrar oslo.

III.

El principio filosófico sobre que descansa el edificio hahnemaniano es el dinamismo ó fuerza vital, que como antes os he manifestado es una manera de ser del universal ó cosmogónico, sin el cual, como dice un filósofo y médico contemporáneo, el Universo sería las tinieblas, la inmovilidad, el silencio, la nada. En efecto una vez desechada la doctrina del átomo fundada por Demócrito y sostenida en los tiempos modernos por Descartes, no queda otra para explicar los fenómenos de la creación que la que admite las fuerzas, presidiendo al desenvolvimiento de lo objetivo.

El fundador de la doctrina homeopática al decirnos que el organismo material no puede ni sentir, ni obrar, ni hacer nada para su propia conservación sin la fuerza vital, ni hizo otra cosa que llevar la medicina por el derrotero que viene trazando la filosofía desde Leibnitz hasta nosotros. Una vez estudiado el dinamismo en el Universo se adquiere el convencimiento que él es el que encadena y sostiene el orden y armonía que anima á todos los seres, y es evidente que los seres orgánicos tienen que estar sujetos á esta ley universal.

«Los verdaderos resortes de nuestra organizacion, decia Buffon, no son estos músculos, estas arterias, estas venas, son *fuerzas interiores* que no siguen del todo las leyes de la mecánica grosera que hemos imaginado.» En efecto, los órganos son los instrumentos pasivos que obedecen en las funciones animales de que están encargados á la fuerza vital, única que puede establecer ese *consensus* armónico que constituye la vida. La fuerza vital es la que distribuye armónicamente las moléculas corporales durante la vida, y en su ausencia estas se separan, se descomponen y el organismo se convierte en polvo. Ella es la que se rehace contra las influencias hostiles que de continuo vienen á perturbar la vida, cumpliendo así su mision de ser la conservadora del organismo. Ella es, en fin, la que dá actividad á las células; la que dirige la formacion de las neoplasias, la que preside la electividad histológica en los fenómenos fisiológicos, patológicos y terapéuticos, mediante la cual cada tejido recibe los elementos análogos y necesarios para su conservacion y rechaza aquellos que pueden alterar su manera de ser; aun cuando para ello dé lugar á formaciones patológicas que vienen á ser verdaderas eliminaciones, pero que permiten conservar la vida en general por mas ó menos tiempo.

La nocion del dinamismo vital está encarnada en la conciencia humana. Los filósofos de la antigüedad admitian el alma pensadora y el alma vejetativa, y todos los pueblos antiguos han tenido la creencia que la causa de las funciones naturales era otra distinta que la que producía los fenómenos de la inteligencia.

Vosotros sabeis que desde Hipócrates hasta la mitad del siglo xvii en que Descartes sostuvo que las funciones naturales se éjercian en virtud de leyes físicas, el dinamismo vital fué la base de la fisiologia humana en las escuelas.

Si yo hubiera de servir de eco á las doctrinas espiritistas, cuyas manifestaciones ó hechos parecen

ser cosa, probada, á juzgar por un artículo que hace meses leí, diria que el *peri-espíritu* que los sectarios de esta doctrina admiten y que no es más que una envoltura inmaterial, que segun ellos envuelve al espíritu al abandonar su encarnacion terrestre, es el dinamismo vital. Con esto no hago mas que expresar una idea, sin que en ella esté envuelta la admision de una doctrina que mi razon, aparte de mis creencias, rechaza.

Al hablaros de la fuerza vital no quiero dejar de transcribiros la elocuente y razonada descripcion que de ella hace el Dr. Santero, que como sabeis es una de las notabilidades alopáticas contemporáneas. Dice así:

«Esta fuerza (habla de la fuerza vital), desconocida en su esencia, pero clara en sus efectos, reglada bajo ciertos principios que la observacion ha demostrado, es la que preside á la fecundacion del huevo, infunde el soplo de vida al nuevo sér, le sigue en su crecimiento y desarrollo, marca las diversas épocas que llamamos edades, y por último, cuando despues de haber sostenido el sacro fuego de la vida, retira gradualmente su influjo, deja abandonado al cuerpo al omnimodo poder de las acciones físicas y químicas. Esta causa, que en sí tiene la razon suficiente de la vida, se oculta en su esencia y procedimientos á nuestros medios investigatorios más delicados; pero á la manera que de la apreciacion de la cualidad de unirse las moléculas constitutivas de los cuerpos, nos elevamos al conocimiento de la cohesion; de la tendencia de combinarse las partículas integrantes, á la idea de la afinidad; de la propiedad de influirse las masas reciprocamente para su equilibrio, á la consideracion de la atraccion general; del mismo modo la investigacion de las propiedades y acciones del mismo cuerpo vivo, nos eleva á la concepcion posible de la esencia vital.»

Aun cuando os hablo en nombre de la ciencia y para la ciencia, no me creo dispensado, por más

que no sea del gusto de algunos la cita que voy á haceros, recordaros las palabras del Génesis en las que yo veo la comprobacion de cuanto os dejo manifestado respecto á la fuerza vital: *Formavit igitur Dominus Deus, homines de limo teræ, et inspiravit in faciem ejus speraculum vitæ et factus est homo en animam viventem* (Génesis cap. II vers. 7.) Ante elementos tan claros y precisos, LIMO DE LA TIERRA, SOPLO DE VIDA, ALMA VIVIENTE, fácil es conocer al hombre en su trinidad fisiológica.

Las afecciones del alma no son tanto de la competencia del médico; cuanto las que reconocen por causa la falta de equilibrio en el fluido vital. Estas son las que principalmente necesita conocer porque son las que puede combatir con agentes apropiados á su naturaleza fluidica. Necesito daros algunas esplicaciones.

La nueva reforma médica consecuente con el principio que proclama de que una fuerza especial, soberana, preside los actos del organismo tanto en el estado de salud como en el de enfermedad, sienta los siguientes principios como emanacion de aquel. El hombre es un alma sustancial y fluidicamente unida á un cuerpo. La vida se manifiesta por la intervencion del fluido vital en la parte referente á las funciones animales. La salud es el equilibrio de la fuerza vital y la falta de él constituye la enfermedad.

Esta unidad de principios teóricos, este enlace de los unos con los otros, en términos que ya nos valgamos del análisis ó de la síntesis siempre nos encontraremos con la base fundamental, no me negareis que son el distintivo de la verdadera ciencia, si a ellos se une, como vereis en adelante, la unidad de accion práctica.

Ya os he manifestado que una ley deducida de la esperiencia, era otro de los fundamentos de la reforma médica. De ella paso á ocuparme.

IV.

Cerca de veinticuatro siglos hace, que un ingenio profundo, de esos que cual meteoros luminosos aparecen de vez en cuando en la esfera de la humanidad; á quien los médicos todos, sin distincion de sectas, rendimos respetuoso homenaje, dejó consignada de una manera ambigua la ley que hoy sigue la medicina homeopática. Ya comprendereis que me refiero al gran Hipócrates, monumento verdaderamente imperecedero en el campo de nuestras glorias, y me complazco en declararlo así; porque abrigó la profunda conviccion que sino se hubiese variado el rumbo trazado por él, la medicina de hoy seria un cuerpo de doctrina compacto, uniforme, que bajo una fórmula axiomática vinieran á expresarse los tres conceptos que la ciencia de curar abraza, que son los fenómenos fisiológicos, patológicos y terapéuticos; y basta para convencerse de ello recordar las sentenciosas palabras que nos dejó consignadas en su obra *de virginium morbis*. Por mas que me separé por un momento del asunto que venia tratando, voy á permitirme citárosla. Dice así: «La naturaleza de las enfermedades es imposible el conocerla, sino se conoce lo INDIVISIBLE de que emanar.» Barthéz y todos los comentadores de Hipócrates están conformes que quiso significar con estas palabras que las causas morbificas, con exclusion de las traumáticas, obran sobre el principio vital. ¿Cuál seria, pues, el estado de la medicina sino se hubiesen olvidado estas ideas y de ellas se hubiese hecho la conveniente aplicación en la práctica? Dejo á vuestro criterio las consecuencias que de aquí se desprenden.

Volviendo á mi objeto, repito que el venerable anciano citado conoció la ley de similitud para el tratamiento de las enfermedades; pues á mas que dijo que el vómito se curaba con el vómito, en su obra de *Morbo sacro* manifestó que la mayor parte de las enfermedades se curaban con remedios semejantes.

Después de él varios han sido los médicos que han presentado la espresada ley, entre los que figuran Stahal, Van-Helmoth, Paracelso y otros no menos célebres, San Francisco de Sales escribía á mediados del siglo xvi «que los médicos metodistas tenían siempre en boca la máxima de los contrarios; pero que los espagíricos celebraban otra sentencia opuesta, diciendo que los semejantes se curan con los semejantes.»

En medio de tantos ecos esparcidos en el campo médico, fué necesaria la venida de Hahneman para que quedase formulada la ley de *Similia similibus curantur*. Este hombre extraordinario á quien la historia ya registra haciéndole la justicia que se merece, y que en época no muy lejana le veremos ocupar una de sus más brillantes páginas, fué el que recogiendo las nociones vagas esparcidas en la ciencia y en las tradiciones populares de aquella gran ley terapéutica, se decidió á hacer experiencias en sí mismo, y adquirió el convencimiento que los medicamentos llamados específicos curaban en virtud de la propiedad que tenían de producir enfermedades análogas á las que ellos curan. De aquí naturalmente surgió la idea de experimentar todas las sustancias medicinales en el hombre sano, pues en el enfermo los síntomas propios de la enfermedad se confundirían con los que el medicamento desenvolviese y nunca se tendría un retrato fiel de este. Esto fué lo que Hahneman llamó *Experimentacion pura*, nombre que desde luego indica que se trata de obtener los efectos genuinos de los medicamentos á cuya experimentacion, hecha con la escrupulosidad y precision, que no creo del caso referir, se sujetó Hahneman y sus discipulos, dejándonos un tratado de materia médica bastante estenso con los efectos puros de los medicamentos. Posteriormente este se ha engrandecido con nuevas sustancias que se están experimentando diariamente.

Mucho pudiera decirnos sobre este nuevo camino abierto por el fundador de la Homeopatía para cono-

cer las armas que se emplean para combatir las enfermedades, y mucho tambien sobre el método antiguo, que con muy cortas escepciones ha venido empleando y aun emplea la medicina tradicional; pero siendo esta materia que exige estensas consideraciones, creo que para llenar mi objeto, bastan las ligeras indicaciones anotadas.

La ley de *similia similibus* no solo es hija de la tradicion y de la experiencia, sino que es emanacion de la ley universal, *similis, similem querit*, el semejante busca al semejante. Sin detenerme en llamar vuestra atencion sobre todas las manifestaciones de esta última ley, debo sin embargo haceros notar que ella es la que preside el movimiento de asimilacion en los seres vivos, pues como sabeis, nos apropiamos del mundo exterior todo lo que nos es análogo ó semejante y rechazamos lo que no lo es.

Es un hecho que las enfermedades se curan todas con agentes capaces de producirlas; el mercurio cura la sífilis porque él por sí desenvuelve todos los sintomas que caracterizan á aquella enfermedad; la quina las intermitentes por la misma razon; la vacuna preserva de la viruela porque ella da lugar á sintomas análogos á esta; la belladona, la escarlatina por igual motivo, y así os iria nombrando medicamentos que la experiencia tiene acreditado que curan determinadas afecciones porque ellos dan lugar á otras análogas.

Si queremos averiguar el mecanismo mediante el cual se desenvuelve esta ley, ó en otros terminos, si queremos esplicarnos el hecho, acaso las teorías inventadas con este objeto, nos dejen algo que desear; pero que esto en último extremo no probaria mas, sino que la naturaleza no habia querido descorrernos el velo de sus misterios.

Los primeros discipulos de Hahneman partiendo del principio que en el cuerpo humano no pueden existir dos enfermedades iguales, creian que la natural era sustituida por la artificial, producida por el medicamento, y despues esta ó bien desaparecia espontá-

neamente ó á beneficio de un antidoto. Esta teoría bien pronto fué desechada porque dejaba grandes vacíos y fué reemplazada por otra que consistía en admitir dos órdenes de fenómenos en cada medicamento, unos primitivos y otros secundarios, y mediante estos últimos se provocaba la reacción que era seguida de la curación. Tampoco esta teoría ha sido seguida de la mayoría de los homeópatas; porque en efecto deja mucho que desear.

Los adelantos científicos y filosóficos han influido, como no podía ménos de suceder, en esta debatida cuestión de la ley de los semejantes, y ya hoy son pocos los homeópatas que dejan de considerar los medicamentos como verdaderas potencias fluidicas. Esta teoría tiene grandes probabilidades á su favor, porque no sólo los homeópatas sino también muchos alópatas creen que la acción curativa de los medicamentos está en los principios imponderables de ellos. Si los medicamentos son potencias fluidicas y las enfermedades alteraciones del fluido vital, dos fluidos puesto uno enfrente del otro se neutralizarán y el resultado debe ser la curación. Admiten los que siguen esta opinión, un fluido electro-biológico contenido en el centro nervioso, cerebro-espinal completado por el gran simpático, sirviendo de conductores las ramificaciones nerviosas; en una palabra consideran el cuerpo humano como una especie de pila galvánica obrando como es consiguiente por medio de movimientos de atracción y repulsión. La falta de equilibrio entre las dos electricidades de esta pila animal, produce el desarreglo funcional ó sea la enfermedad; de suerte que para restablecer los órganos á su estado fisiológico, hay necesidad de administrar un fluido imponderable que reemplace la electricidad que ha sido deprimida; cuyo fluido siendo semejante al estado especial del organismo, viene á aumentar el poder de la electricidad-biológica. Esta teoría aunque armoniza con las ideas científicas de nuestra época; no satisface por completo, ni está intimamente enlazada con la doc-

trina del dinamismo vital. Voy á manifestaros la que el distinguido homeopata y filósofo eminente Dr. García Lopez espone en sus lecciones orales sobre la homeopatía, que es la que yo creo que explica la ley de los semejantes de una manera convincente.

La armonía del fluido vital constituye la salud y la falta de esta armonía ó sea el desequilibrio, la enfermedad. Es una ley fisiológica que para que la salud se conserve deben los elementos que rodean á la organización ser armónicos y análogos á sus necesidades, porque la atracción se verifica de lo análogo por lo análogo. Esta ley es tan absoluta que puede decirse que es la clave de la fisiología; ella es la ley de apropiación mediante la cual los organismos se asimilan de los elementos que le circundan aquellos que le son análogos; por ella tienen lugar las atracciones moleculares y la reproducción de las células en cada tejido, apropiándose de los líquidos nutricios lo que es análogo en cada uno de ellos. Cuando estas afinidades análogas-fisiológicas no se realizan es porque el organismo ha entrado en estado patológico; pero aun en este estado continúa rigiendo la misma ley porque el organismo en su posición anormal busca el análogo á su estado. De aquí se sigue que hay necesidad de buscar medios de satisfacer las afinidades patológicas del organismo que no pueden ser las mismas que en el estado fisiológico. Muchas veces los recursos de la dietética bastan para volver el equilibrio á la organización, teniendo en cuenta que el principio vital lucha tenazmente para conseguirlo; pero cuando aquellos son insuficientes y este se manifiesta impotente se hace indispensable recurrir á los medicamentos. ¿Cuales deben ser estos? Si los agentes que perturban las afinidades normales son antipáticos á la normalidad del organismo porque no son análogos á él; porque si fueran análogos se asimilarían y no habría perturbación; en el estado enfermo todo lo que hay que hacer es imitar á la naturaleza en su tipo normal ó fisiológico, es decir, ad-

ministrar sustancias antipáticas al estado de salud y análogos y simpáticas al de enfermedad; luego los medicamentos deben ser los análogos ó semejantes á cada caso de enfermedad.

Si recordais ahora lo que antes os he manifestado, que los medicamentos obran por sus cualidades imponderables, ó en otros términos por el fluido dinámico, magnético ó eléctrico, porque el nombre no hace al caso; no os causará extrañeza que la homeopatía procure romper la cohesión de las moléculas á fin de poner este fluido en la mayor libertad posible. De esta manera consigue que los átomos medicamentosos queden con mayor facultad tanto para penetrar en la profundidad de los tejidos, cuanto para proyectar sus movimientos en presencia del fluido vital, buscando en los modos de movimiento de dicho fluido sus mayores analogías.

Sea cual fuere el valor que deis á las diversas teorías que se han inventado para explicar la ley de similitud, el hecho queda siempre en pié y es que las enfermedades se curan con sustancias que las producen.

Antes de hablaros de las dosis mínimas que usa la homeopatía, que es el lado á donde la crítica ha dirigido sus tiros, sin un conocimiento perfecto de esta doctrina; quiero ofrecer á vuestra consideración el recíproco enlace que existe entre las verdades fundamentales de ella, y de esta manera habré cumplido lo que os dije en un principio de que formaba un cuerpo compacto de tal manera constituido en una serie de verdades eslabonadas, que admitida una tienen que aceptarse las demás.

Dinamismo universal especializado en nuestra especie ó sea dinamismo vital considerado como una realidad necesaria para explicar la vida, su nacimiento, crecimiento, decadencia, vejez y muerte. Concepción indispensable para basar la fisiología; la patología y la terapéutica.

Ley de los semejantes que establece el analogismo sintomalógico entre la enfermedad y el medica-

mento; de la cual se desprende la necesidad de conocer los efectos puros de los medicamentos mediante la experimentación en el hombre en estado fisiológico.

Enfermedades consideradas de naturaleza dinámica y dependientes del desequilibrio del fluido vital.
Necesidad de atenuar los medicamentos para poner en libertad el fluido que contienen, que es el verdaderamente curativo.

De estas verdades se desprenden otras secundarias, como son la individualización de la enfermedad y la individualización del medicamento y de las dosis, debiendo esta última ser en cantidades pequeñas para producir las curaciones sin agravaciones.

Podrá esta doctrina pareceros una de tantas utopías; pero no podreis menos de concederme que existe tal ilación lógica en sus fundamentos, que no solo seduce, sino que arrastra el entendimiento hácia el deseo de conocerla y probarla en el lecho del dolor.

Paso á ocuparme de las dosis infinitesimales y espero demostraros que sobre no ser absurdas, tienen á su favor razones muy atendibles y autoridades respetables, fuera del círculo de sus partidarios, que las apoyan.

V.

Para preparar vuestro espíritu á la admisión de una doctrina que todos los que la seguimos hemos sido acometido en un principio por la duda, voy á presentaros algunas opiniones sobre ellas que no pueden ser sospechosas para vosotros.

Boerhaave, ese gran médico de reputación europea del pasado siglo, en su obra de *viribus medicamentorum* dice: «Los medicamentos aun conservando su virtud, pueden dividirse en partes, de tal modo ténues, que la imaginación no puede ya seguirlos. *Medicamenta dividi possunt in partes*

adeo minutas ut unaginationis vin pene dudant, quæ tamen retinebunt vires.

Es aun más explicito en las líneas siguientes: «Es evidente, según lo anteriormente dicho, que los medicamentos pueden ser de tal modo atenuados que se escapen á nuestras investigaciones; pero por inapreciables que sean esas partículas á nuestros sentidos no dejan de producir en nuestro organismo, efectos muy sensibles. *Ex dictis patet partes medicamentorum eo usque comminui posse, ul captum nostrum, fugiat et quidem licet partes sint inaphanæ sensusque quoque fugiant nihil ominis effectus notabiles in corporibus nostris producent.*

El Dr. Recamier profesor de la escuela de Paris se espresa de este modo: «Que á los principios imponderables solo es á los que cada medicamento debe su modo de obrar, su poder, su eficacia, siendo todo medicamento un conductor especial de los principios imponderables.»

Mr. Jourdan, miembro de la Academia de medicina de Paris, dice: «Ya no estamos en los tiempos en que chanzas relativas á las dosis infinitesimales podian aparecer magníficos argumentos contra la homeopatía. Hechos incontestables están ahí que deben imponer silencio al frio razonamiento. Estas dosis minimas, obran, ejercen tambien una accion poderosa, sorprendente: la duda no es ya permitida bajo este aspecto.»

Voy por último á transcribiros las palabras de un esclarecido profesor de nuestra Sanidad militar que aparecieron en la España médica. Me refiero al doctor Vinader. Dice así: «Los alópatas debemos hoy á la homeopatía el descubrimiento empírico de este prodigioso efecto de la materia dividida; pero como este descubrimiento ha pasado á ser una verdad en la ciencia, químicamente demostrada, desde hoy á fuer de científicos podemos y debemos los alópatas emplear los medicamentos dinamizados ú homeopáticos en tinturas madres asegurando el número de moléculas que administramos cada vez.»

Después de las anteriores citas, que sin gran trabajo hubiera podido hacerlas mucho más numerosas, voy á fijar vuestra atención sobre los efectos en el organismo de la materia muy dividida.

Un grano de almizcle está esparciendo su olor, y ora determina una jaqueca en la jóven histérica, ora suprime la evacuacion loquial en la recién parida, ya produce accesos de convulsiones en la epiléptica, y sin embargo el grano no ha perdido nada de su peso.

Existe en Paris un establecimiento de cabras y burras de leche á las que se les dan fricciones mercuriales y se les hace tomar una corta cantidad de mercurio al interior, y esta leche se administra á personas delicadas que padecen enfermedades sífilíticas, con la que curan radicalmente.

Los niños de pecho del Hospital de Necker, afectados de sífilis, son generalmente tratados por la leche mercurializada. ¿Podrá la química determinar la cantidad de mercurio que contiene esta leche?

Las transacciones filosóficas cuentan que un barco inglés conducía una gran cantidad de mercurio y que habiéndose salido de los barriles que lo contenían, todos los que iban á bordo, que serian sobre doscientas personas, fueron atacadas de salivación, ulceraciones en la boca y parálisis parciales, y hasta los animales que se hallaban á bordo participaron de la misma suerte.

Si paramos nuestra consideracion en los agentes productores de la escarlatina, sarampion, fiebre tifoidea, fiebres intermitentes, fiebre amarilla, cólera, sífilis, rabia maligna, etc., etc., tendremos una prueba irrecusable no solo de la divisibilidad de la materia, sino de su gran poder, cuando las fuerzas contenidas en ella están en completo estado de libertad. ¿Porqué la química no ha podido aprisionar ninguno de estos agentes morbíficos procedentes de sustancias animales y vegetales? Porque la naturaleza con los esquisitos medios de que dispone los ha dinamizado de tal manera que se burlan de nuestros medios de análisis.

Cómo prueba de lo que acabo de manifestaros vemos lo que sucede con la vacuna. El análisis químico ha demostrado que el virus vacuno se compone de agua, albumina é hidro-clorato de amoniaco; en balde reunirá estos elementos en debidas proporciones para obtener la pústula que preserva de la viruela, ¿y porqué? porque lo que constituye su esencia no es la parte material, es el fluido imponderable, su dinamismo especial, que se escapa al análisis, y lo mismo sucede con los demás virus de que antes he hecho mencion.

Otra prueba más del poder de la materia muy dividida, la tenemos en las aguas minerales, á las que la humanidad debe tamaños beneficios. No recuerdo qué escritor decia que no debia concedérsele demasiada virtud á las aguas minerales, porque era dar un nuevo argumento en favor de la homeopatía. En efecto, las aguas minerales consideradas en general, encierran los metales y sales mas activos: el azufre, el iodo, el arsénico, el bromo, el sodio, la magnesia, el hierro, el manganeso etc. etc., componen las sustancias mineralizadoras en cantidades sumamente pequeñas y frecuentemente infinitesimales con relacion á la masa, siendo de notar que son tanto más eficaces cuanto ménos mineralizadas están; á escepcion en ciertos estados patológico que reclaman una modificacion local, como sucede con el herpes y la lepra y otras afecciones ó degeneraciones dermatósicas; pero cuando no existe alteracion de testura, las ménos mineralizadas dan mejores resultados.

Estudiando á la naturaleza en las profundas regiones de nuestro organismo, vemos la estremada divisibilidad de la materia. Una gota de sangre humana suspendida en la punta de una aguja sabeis contiene un millon de glóbulos rojos y aun todavia son más pequeños los de los nervios, en cuyo interior hay multitud de glóbulos transparentes, destinados á funciones importantes.

Si os fijais en la organizacion de la célula, origen

de todos nuestros tejidos, habreis visto que apesar de su pequenez se compone de una cubierta, de un núcleo y de una nucleola.

La funcion mediante la cual reproducimos nuestra especie, no necesito deciros que no se distingue por la cantidad de materia empleada, pues sabeis que una exigua parte del licor prolífico es bastante para la fecundacion.

Si fijamos nuestra mirada en los innumerables seres vivos, que sólo podemos ver con el auxilio del microscopio, veremos que son más pequeños que un glóbulo de sangre humana y que apesar de su pequenez tienen órganos, se reproducen por generacion y están compuestos como toda materia orgánica de elementos químicos. En ellos hay movimiento é instintos, y en medio de los fluidos donde viven, se dirigen á los objetos de sus necesidades y procuran vencer los obstáculos que suelen encontrar.

Seria interminable si hubiera de continuar aduciendo pruebas en favor de lo *infinitamente pequeño*, de sus efectos sobre nuestros órganos y de las manifestaciones de que la naturaleza se vale para enseñarnos que las cosas pequeñas por lo mismo que se escapan á nuestra mirada, son las más dignas de fijar nuestra atencion.

Entrando ahora de lleno en la impugnada cuestion de las dosis homeopáticas, os diré ante todo que para ser homeópatas no necesitais emplear las dosis infinitesimales, basta que sigais los principios fundamentales de la doctrina; pero desde luego os auguro que con el tiempo vendreis á buscar las dosis mínimas como medio seguro y cierto de obtener curaciones sin molestia de vuestros enfermos. Pudiera citaros á dignos comprofesores que sin ser homeópatas emplean en muchas enfermedades una terapéutica verdaderamente homeopática, valiéndose para ello de los extractos de ciertas plantas, tinturas etc. etc., pero creo que esta práctica no está exenta de inconvenientes.

Está admitido hoy por la ciencia que no hay

cuerpo en la naturaleza, cuyas partículas integrantes no estén separadas por un espacio ocupado por un fluido, que es el que dá la fuerza de cohesión ó afinidad y que polariza los átomos de cada cuerpo. En este fluido radica la esencia y virtualidad de los medicamentos y lo mismo acompaña á las masas compactas, que cuando estas han sido divididas cuanto ha sido posible; con la sola diferencia que en los cuerpos en estado bruto este fluido está aprisionado por las moléculas y su virtualidad está hasta cierto punto obscurecida. Tal sucede con una bala de plomo por ejemplo que impunemente puede atravesar nuestro canal intestinal, sin desenvolver los síntomas que son propios, á este metal, mientras una corta cantidad del mismo pulverizado daría lugar á una intoxicación.

De lo anteriormente manifestado se deduce que para obtener la acción verdaderamente curativa del medicamento es indispensable poner en la mayor libertad posible este fluido-fuerza mediante la digregación atonimisa. Aquí ocurre á muchos una objeción que voy á hacerme cargo de ella. Se dice, puesto que la acción medicamentosa, está en el fluido, dinamia, ó electricidad de cada cuerpo, para producir efectos purgantes, por ejemplo, no se necesitaria más que dar una mínima cantidad dinamizada de una sustancia purgante cualquiera, y se obtendrían los mismos resultados que con las cantidades ordinarias se administran. Para hacerse cargo de esta objeción, que en el fondo no lo es, es necesario tener presente que los efectos primitivos de los medicamentos se manifiestan bajo la acción de cantidades ponderables, por cuya razón en la experimentación pura, de que se vale la homeopatía para conocer las propiedades de las sustancias medicinales, usa siempre dosis que llamaré alopáticas, pues esta es la manera de conocer todos los síntomas que desenvuelve el medicamento. Ahora bien, los efectos primitivos son transitorios y duran mientras el medicamento está ejerciendo su acción,

pasada la cual tienen lugar los efectos secundarios en oposición con los primarios; así que después de los purgantes sobreviene el estreñimiento, después del sueño producido por el ópio, el insomnio etc. etc. Si la homeopatía obtuviese sus curaciones por medio de la acción sostenida de los efectos primitivos de los medicamentos, propinaría cantidades masivas, más como ella va á obrar sobre el principio de la vida, le es bastante una cantidad mínima, con tal que sea análoga al estado patológico que trata de combatir, con la cual el equilibrio se restablece y la enfermedad desaparece.

En los purgantes, en los vomitivos, en los sudoríficos etc. etc., la acción medicinal está en el fluido que contienen; pero para desarrollar los efectos primitivos, del medicamento, que un grado adelantado producen los envenenamientos y la muerte, no bastan las cantidades mínimas.

Ya veis que la tal objeción no lo es, y por tanto no invalida en nada mis anteriores aseeraciones. Los medicamentos son lo que son en virtud de sus principios imponderables, y para obtener curaciones suaves y sorprendentes muchas veces, no son necesarias las grandes cantidades de medicamentos. Voy á decirlos porqué.

En estado de salud nuestra cabeza soporta las mayores detonaciones sin experimentar molestia alguna, nuestros ojos resisten la luz mas viva, nuestro estómago admite grandes cantidades de alimentos y nuestros órganos todos funcionan libremente aun cuando sus escitantes naturales sean algun tanto exagerados. No sucede lo mismo en el estado de enfermedad; si padecemos un fuerte dolor de cabeza el mas pequeño ruido nos afecta y agrava, si nuestros ojos sufren, tenemos las mas veces que buscar la obscuridad y hay ocasiones en que un débil rayo de luz nos produce dolores insoportables: si nuestro estómago está inflamado solo el ver las sustancias alimenticias nos hace mal, y si así vamos examinando órgano por órgano veremos siempre que lo que en estado de

salud nos era soportable, agradable y hasta simpático, en el de enfermedad nos es antipático y frecuentemente nocivo.

Hagamos aplicacion de éstas verdades que la experiencia nos enseña á la práctica homeopática y encontraremos justificadas sus pequeña dosis. Si estas se propinasen en estado de salud, sucederia lo mismo que cuando teniendo nuestra cabeza en el mejor estado, el pequeño ruido que se produce cerca de nosotros, pasa casi desapercibido; pero que este mismo se nos hace molesto, como ya os he dicho, cuando las condiciones varian. Este es precisamente el caso. Permitidme os refiera lo que decia Brouseais cuando en el último periodo de la afeccion cancerosa del estómago que lo llevó á la tumba, se hizo tratar homeopáticamente. «Siento, decia á sus discipulos, en estos momentos la accion de los medicamentos homeopáticos; la humanidad tendrá mucho que agradecer á esta doctrina.» Este gran hombre, sin embargo, en estado de salud no habia sentido la accion de distintos medicamentos homeopáticos que por via de prueba habia tomado, pues si algo pudieron alterar su salud, fué de una manera tal que no se apercibió de ello.

No se necesitan grandes esfuerzos de inteligencia para explicar esta variedad de accion de los agentes homeopáticos en uno y en otro estado de la vida. En el estado de enfermedad existe una exaltacion vital, hay una sensibilidad exquisita que sabe apreciar el más pequeño detalle, el más insignificante movimiento dentro de nuestro organismo, por cuya razon para modificar este estado, para hacer sensible la accion medicinal, es bastante una dosis atomística de una sustancia apropiada. La experiencia de acuerdo con la teoria y con las leyes fisiológicas han puesto de manifiesto esta gran verdad, y ya hoy puede decirse que no cabe discusion sobre ella, puesto que pertenece á la clase de las verdades demostradas.

He contestado incidentalmente á un argumento

asaz vulgar, que repetidas veces habreis oido, y que consiste en afirmar que impunemente se pueden tomar grandes cantidades de medicamentos homeopáticos; se entiende en estado de salud, porque si fuese en el de enfermedad, el argumento estaria presentado en términos aceptables para la controversia.

Se ha dicho que el análisis químico no puede demostrar la presencia de sustancias medicinales más allá de las primeras diluciones homeopáticas, lo cual no es del todo exacto, puesto que varios de estos cuerpos se han encontrado en diluciones altas; pero aun cuando así no fuese, esto no probaria más que la insuficiencia de nuestros medios de análisis; así como hasta ahora nada nos ha demostrado la química respecto á los agentes miasmáticos y á la diversidad de virus que infectan la economía. Sin embargo, por medio de la espectro-química, procedimiento reciente que consiste en hacer pasar un rayo de luz á través de un vidrio en el que se haya puesto una gota de agua que contenga cantidades pequeñas de una sustancia cualquiera disuelta en la espesada gota, recibiendo este rayo en el prisma y poniendo un carton blanco en el punto de la division de la luz, se han visto, hecha la experiencia con diluciones altas de las que usa la homeopatia, millones de átomos medicinales.

Toda estrañeza respecto á las atenuaciones homeopáticas debe desaparecer ante la estremada divisibilidad de la materia; divisibilidad que sino se hiciera patente por otros medios, el microscopio se encargaria de demostrarla. Por medio de este instrumento se ha observado que la platina, el mercurio, el plomo, el cobre y otros metales, eran divisibles en cantidades infinitamente más pequeñas que las que usa la homeopatia, lo cual prueba la gran inexactitud que se comete cuando se afirma que en los preparados homeopáticos no existe nada de medicamento.

Yo quiero suponer que ni la química, ni la espectro-química, ni los microscopios de mas alta po-

tencia pudieran demostrar la presencia de sustancia medicinal en los preparados homeopáticos; aun así sería una falta de lógica el negarles su virtud curativa, pues á mas que millares de médicos esparcidos por todo el globo, cada uno con su respetable falange de enfermos vienen acreditando la eficacia de estas pequeñas dosis; existen hechos que demuestran que la materia estremadamente dividida, en términos que la ciencia no puede comprobar su presencia, no solo puede alterar profundamente la vida sino producir la muerte instantáneamente. Si estos hechos se admiten, por mas que su admision se nos imponga, ¿con qué derecho, con qué razon se ha pretendido negar toda accion á los medicamentos homeopáticos?

Muchos han dicho, al verse impelidos por la irresistible lógica de los hechos, que las curaciones que obtenia la homeopatía eran efecto de la imaginacion de los enfermos, y yo creo que la mayor parte de los que se han valido de tal explicacion para darse razon del hecho, han procedido de la mejor buena fé, puesto que estraños á los fundamentos de la doctrina y acaso al progreso científico, se han visto en la dura necesidad de explicar, lo que para ellos era inesplicable. Aun así la homeopatía sería una gran reforma, digna de la mas alta consideracion y aprecio, puesto que habia encontrado el secreto con sus misteriosos glóbulos no solo de hacerse dueña de la imaginacion de todos sus enfermos, sino de sobreponer su parte moral á la física, para que lo mismo el que padeciese de una pulmonia, que el que hubiese contraído una infeccion sifilitica, con solo creer que la curacion debia verificarse, aquella se consumase. Indudablemente esto sería la realizacion del bello ideal de la medicina; pero desgraciadamente no es así. La mayor parte de los enfermos cuando apelan por primera vez á la homeopatía lo hacen generalmente con suma prevencion y están desconfiados interin no empiezan á tocar los resultados; pero aun cuando así no fuese, ¿qué diremos de los niños que son los que mas be-

neficio reportan de ella, porque son muchos los que no se prestan á la medicacion de la medicina tradicional?

No está en mi juicio lejano el dia en que los progresos histológicos, pongan de manifiesto la influencia que sobre la célula tienen los preparados homeopáticos. Vosotros sabeis que la multiplicacion celular se verifica por excision, por formacion endogéna y rara de vez por brotamiento. Cualquiera que sea la manera como se verifique, las celulas en el trabajo nutritivo reproducen la parte plástica y dinámica, en relacion con el estado general del organismo y con los elementos blastemáticos que las rodean; de suerte que en su reproduccion continua se ha de marcar las propiedades que les imprima el medicamento. Esto es más de esperar, cuando que la farmacodinamia homeopática es la más apropósito para proporcionarse relaciones directas con el elemento celular, y no lo dudeis, este dia llegará y el microscopio vendrá á ser la enseña de paz entre los médicos, como la Cruz lo ha sido para la humanidad.

La nocion de las dosis infinitesimales no es un *á priori* dependiente de un concepto abstracto, es un *á posteriori* del dinamismo que domina la ciencia biológica, comprobado por la experiencia. La virtud medicinal se halla en la materia en estado latente como el calórico, la electricidad y el magnetismo, y así como para el desenvolvimiento de estos fluidos se hace necesario apelar al frote y al movimiento disgregando las moléculas, del mismo modo para obtener la accion medicinal, es indispensable recurrir á los mismos medios. Una vez obtenida la potencia curativa pocos átomos del medicamento son suficientes para devolver á la fuerza vital su normalidad específica, pues no teniendo el medicamento la mision de reparar pérdidas, como sucede con el alimento, es inútil sobrecargar de átomos medicamentosos el organismo.

Voy á daros una prueba mas de la accion de las dósís mínimas preparadas por los procedimientos homeopáticos. Vosotros sabeis que ciertas sustancias venenosas pierden su accion mortífera ingeridas en el estómago, mientras que cuando son absorbidas por la cubierta cutánea, sus efectos jamás dejan de manifestarse. Esto en primer lugar manifiesta que para que estas sustancias desarrollen su accion es necesario disgregar sus moléculas, lo que hace la naturaleza pasándolas al torrente circulatorio; pero no es esto precisamente en donde yo deseo que fijeis vuestra atención. La baba hidrofóbica, el veneno de la víbora, el de la tarántula, entre otras sustancias venenosas es sabido que impunemente pueden ingerirse en el estómago, y sin embargo estas sustancias preparadas, segun los procedimientos de la farmacodinamia homeopática y administradas por las vias gástricas, producen efectos tóxicos. Aquí no cabe la discusion; este es punto exclusivo de experiencia y la conclusión que de ello se desprende no puede ser mas clara. Luego á la disgregacion de las moléculas es á lo que deben los medicamentos su actividad.

Pudiera estenderme mucho mas, acumulando pruebas en favor de las pequeñas dósís; pero despues de cuanto sobre ellas os he manifestado, considero innecesario insistir mas. Yo siento no poderos transmitir mi fé obtenida al cabo de mil dudas y vacilaciones; pues por ellas mismas habreis de pasar antes que se opere en vosotros el cambio de ideas que necesitais para transformar vuestra práctica; y como este periodo es siempre penoso y no exento de inconvenientes, es la razon porque desearia ahorraroslo, transmitiéndos mi fé; que grande debe ser cuando acabo de confiar la vida de mi octagenario padre, atacado de una pulmonía doble con síntomas cerebrales, á la accion de los glóbulos.

He concluido la breve exposicion de la doctrina homeopática.

He creido deber combatir al materialismo como rémora pertinaz que en todos tiempos ha venido oponiéndose al progreso de nuestra ciencia; os he presentado la doctrina del dinamismo universal como el concepto mas avanzado en la ciencia, y de ella he deducido el dinamismo vital base de la ciencia de curar. Os he hablado de la ley de similitud que pone en relacion el dinamismo vital con el dinamismo medicamentoso, en otros términos, el dinamismo patológico con el terapéutico. Por último, he procurado vencer los escrúpulos que naturalmente deben asaltaros al acercaros á las dósís infinitesimales, y para ello me he valido de la autoridad de esclarecidos hijos de la ciencia, que han sido y son respetados por la medicina tradicional, al mismo tiempo que os he hecho ver los efectos sobre el organismo de la materia estrechamente dividida. No ha sido mi intento escribir una obra didáctica, para ello se necesitan otras fuerzas superiores á las mias; pero creo haberos dicho lo bastante no solo para escitar vuestra curiosidad, sino para que comprendais el encadenamiento lógico que existe hasta en los mas pequeños detalles de la doctrina homeopática y como este encadenamiento es el carácter distintivo de la esencia, comprendereis que no es una de tantas teorías utópicas, la que he tenido el honor de presentaros. Para concluir voy á permitirme algunas ligeras indicaciones:

La medicina siempre ha sido considerada como un verdadero sacerdocio y por mas que nuestra sociedad esté hoy desquiciada, y que el becerro de oro haya venido á reemplazar tradiciones venerandas, que en otros tiempos hacian la felicidad en medio de la pobreza, permitidme os aconseje que no dejeis de creer que el médico es un verdadero sacerdote; pues solo de esta manera encontrareis recompensa no solo á los azares de la práctica, sino á las prolongadas vigiliias que debeis imponeros, si habeis de contri-

buir al adelantamiento de nuestra ciencia. La medicina homeopática, no debo ocultároslo, en medio de su lógico encadenamiento científico y en medio de haber dado á conocer una verdad trascendental, comprobada por la experiencia, dista mucho de haber llegado al estado de perfeccion que seria de desear. Faltan estudiar nuevos medicamentos, falta reunirlos en grupos segun sus semejanzas para hacer mas fácil su estudio y su aplicacion en la práctica, falta hacer aplicacion de las especialidades al tratamiento de los semejantes, faltan, en fin, obras de clinicas con preceptos para la práctica, que pongan al principiante en el caso de elegir bien los medicamentos, que es el gran trabajo del homeópata.

Siempre he profesado el principio de que el médico no debe jamás vacilar en la cabeza del enfermo, y en caso de duda es preferible esperar á que la marcha de la enfermedad indique la manera de obrar. Como consecuencia de esta conducta invariable en mi práctica, no puedo aconsejaros, si os decidís á estudiar y practicar la medicina homeopática, que en caso de duda en la eleccion del medicamento y tratándose una enfermedad que ó bien tienda á destruir un órgano ó bien á poner término á la vida del enfermo, vacileis en echar mano de aquellos medios que la experiencia os viene acreditando que en la mayoria de casos se obtiene con ellos la curacion. Tal sucede con las oftalmias purulentas de los recién nacidos que, como sabeis, pocas horas son bastante para que quede destruido el globo del ojo, y lo mismo digo de las intermitentes perniciosas, que un segundo acceso basta muchas veces para producir la muerte. En estos casos todo tanteo, toda vacilacion comprometeria la vida de vuestros enfermos, que está muy por encima de todo género de consideraciones. Esto, sin embargo, no es decir que la homeopatía no cuente con recursos para dominar estos estados morbosos, los tiene; pero no siempre le es fácil al médico hacer una bue-

na eleccion del medicamento, ya sea porque el enfermo no sepa explicar sus sensaciones, ya tambien porque el cuadro sintomatológico no podais recojerlo con los detalles indispensables. Sucede en las intermitentes, por ejemplo, que muchas veces se presenta marcadísimo el medicamento que debe propinarse, tal sucede cuando durante el calor hay dolores violentos de cabeza, delirio locuaz, sed intensa, mucha debilidad y aparicion del calor principalmente de noche; en este caso podeis con toda seguridad administrar unos cuantos glóbulos del *Lachesis*. Por este estilo podria presentaros varios cuadros en los que ningun homeópata dudá de la eleccion del medicamento; pero no siempre sucede así y mucho mas en el principio de la práctica, razon por la cual he debido aconsejaros lo que yo siempre he hecho y lo que estoy dispuesto á hacer, es decir, poner en práctica aquellos medios que la experiencia viene sancionando que producen buenos resultados en la mayoria de casos.

Tampoco quiero dejar de deciros algo sobre el uso de la sangria en los casos de congestiones cerebrales ó pulmonares, advirtiéndooos ante todo que lo que voy á manifestaros son opiniones particulares, que yo hago mias, y por tanto asumo toda la responsabilidad. Los únicos casos en los que yo considero indicadas las sangrias como medio puramente mecánico, y nada mas que mecánico, son en las afecciones citadas anteriormente. En estos casos mi opinion es que debe darse una sangria lo mas cerca posible del órgano congestionado, una sangria corta, bastante á desembarazar al cerebro ó al pulmon del

esceso de sangre que una causa de naturaleza dinámica ha llevado à dichos órganos; así que una vez sustraída dicha cantidad de sangre que mecánicamente se oponía á la reacción, porque no dejaba funcionar á los espresados órganos, se debe inmediatamente obrar sobre la causa que determinó el aflujo con medicamentos apropiados. De esta manera se obtiene la curación sin lesiones consecutivas.

Tenia pensado terminar la presente carta refiriéndos varias observaciones de afecciones crónicas é inveteradas recogidas en nuestra población, que han sido radicalmente curadas por el tratamiento homeopático; pero no queriendo prolongar mas esta publicación, me reservo hacerlo en una obra de clínica homeopática que me propongo publicar.

Una súplica me resta hacerlos para terminar. Esta es que me hagais la justicia de creer que al dirigirme á vosotros, al lanzarme á la prensa con la fé del propagandista en una mano, y con el conocimiento de mi pequeñez en la otra, mi única aspiración, mi único deseo, sin mezcla de pretensiones de ningun otro género, ha sido contribuir por mi parte á aumentar el número de los que defienden y practican la medicina homeopática, principalmente en nuestro pueblo, en donde acabamos de experimentar la irreparable pérdida de uno de sus mas esclarecidos hijos, cuyo vacio no le han de llenar los esfuerzos de muchos reunidos.

Sería de lamentar que por falta de inteligencias esforzadas, que vengan á cultivar la verdad que encierra la doctrina hahnemaniana, quedase esta reducida à los límites que hoy tiene. Ella, que en forma de

luz crepuscular ha venido desde los primeros tiempos históricos marcándonos el verdadero derrotero de nuestra ciencia; y hoy, que á manera de luminoso faro que en noche tenebrosa aparta al navegante del naufragio, se presenta clara y refulgente en medio del Océano de nuestras encontradas opiniones, para indicarnos el camino de verdadero progreso que la experiencia tiene abierto para el adelantamiento de la medicina; sería de lamentar, repito, que tamaños esfuerzos y tan grandes adelantos, no diesen todos los resultados que están indicados y que debemos esperar. Este temor y la aspiración antes expresada han movido mi pluma.

Soy de Vds. con la debida consideración afectísimo compañero y S. S.

Q. B. S. M.

Cristóbal Mateos.

